

Las destrucciones iconoclastas durante la Guerra Civil y su papel en la propaganda franquista

The iconoclastic destruction during the civil war and its role in pro-Franco propaganda

JUAN MANUEL BARRIOS ROZÚA
Universidad de Granada

Resumen

La explosión iconoclasta que siguió a la sublevación del 18 de julio dio una baza notable a la propaganda rebelde para desprestigiar a los republicanos. Se publicaron costosos libros y folletos en los cuales las expresivas fotos de imágenes mutiladas y templos destruidos dominaban sobre el texto; en su confección y redacción colaboraron historiadores y eruditos locales. Como complemento a esos folletos, se celebraron exposiciones de obras de arte mutiladas y se trazaron rutas turísticas para ver iglesias dañadas por los anticlericales. El objetivo era mostrar a los republicanos como bárbaros y a los franquistas como los defensores de la civilización occidental.

Palabras clave: Guerra Civil, Historiografía, Patrimonio histórico, Iconoclastia, Anticlericalismo, Iglesia.

Abstract

The explosion iconoclast who continued to the revolt of July 18 gave a notable advantage to the rebellious propaganda to discredit the republicans. Expensive books and pamphlets were published in which the expressive photos of mutilated images and destroyed temples were dominating on the text; in their preparation and writing local historians and scholars collaborated. As complement to these leaflets, there were celebrated exhibitions of mutilated works of art and tourist routes were planned to see churches damaged by the anticlerical ones. The objective was to show to the republicans as barbarians and to the Franco supporters as the defenders of the western civilization.

Key words: Civil War, Historiography, Historical patrimony, Iconoclasm, Anticlericalism, Church.

Los iconoclastas desde la perspectiva de la propaganda

El problema del anticlericalismo y la iconoclastia fue objeto de numerosos folletos y libros que los franquistas publicaron durante la Guerra Civil y la larga posguerra. Es interesante detenerse en esta literatura no tanto por el contenido analítico de sus textos, que suele brillar por su ausencia, sino porque es la primera que con una cierta voluntad de sistematización hace balance de las destrucciones sufridas por el patrimonio histórico eclesiástico. Hay que insistir en lo de patrimonio histórico porque, aunque también perecieran templos e imágenes modernos, lo que tratan

Fecha de recepción del original: 24/octubre/2007

Versión definitiva: 24/marzo/2008

Dirección para correspondencia: C/ Camino de los Neveros, 30, portal 1, 2º A, 18008, Granada.
jmb@ugr.es

de mostrar estos textos es el vandalismo de unos enemigos que han destruido “a golpes de barbarie lo más rico y más noble de las creaciones del espíritu de España”¹; unos enemigos tan brutales y zafios que disfrutaban con la destrucción de obras de arte que cualquier persona civilizada, aunque no fuera católica, admiraría en un museo.

En ningún momento se preguntan estos textos si unas clases populares con un elevado grado de analfabetismo estaban en condiciones de ver en las imágenes algo más que su dimensión simbólica e ideológica, o si el patrimonio histórico eclesiástico no era considerado entonces sola y exclusivamente como una parte más de los bienes materiales de la Iglesia y no como bienes de interés colectivo; de hecho, como he tratado de demostrar en otros trabajos, aquello que se consideraba funcionalmente útil para la comunidad (edificios, orfebrería e incluso vestiduras sacerdotales) no fue entregado a las llamas, salvo excepciones relacionadas casi siempre con las refriegas más sangrientas².

A la hora de hablarnos de la autoría de los ataques iconoclastas los panfletos tampoco aportan información de interés pues, cuando describen el ataque a un edificio religioso, en raras ocasiones especifican el número de personas que lo llevaron a cabo, el género, la extracción social o la filiación política, y simplemente nos exponen el resultado: destrucción de obras de arte. Para referirse a los autores se utiliza una terminología general y deshumanizadora: “horda marxista”, los “rojos”, “turbas revolucionarias”... que de nada sirve, pues rara vez se aclara si los autores eran vecinos de la localidad, gentes llegadas de poblaciones inmediatas o milicianos, si eran anarcosindicalistas, comunistas o socialistas. Es evidente que el objetivo del panfleto es implicar y desprestigiar a la totalidad del enemigo, presentarlo como una masa enloquecida que merece un castigo ejemplar y generalizado, como una jauría irracional que es preciso someter porque con ella no hay diálogo civilizado posible. Las distinciones y matices quedan fuera de lugar en una guerra en la que los generales rebeldes y sus intelectuales no disimulan que su objetivo es exterminar y subyugar a esa parte de la población que ha cuestionado la España tradicional³.

¹ *Informe sobre las pérdidas y daños sufridos por el tesoro artístico de Granada de 1931 a 1936 e indicación de las obras salvadas de la destrucción marxista*, Granada, Gobierno Militar, 1937, p. 8.

² El destino de los edificios religiosos lo he estudiado en “El destino de los edificios religiosos durante la Guerra Civil. El caso de las diócesis de Granada y Guadix-Baza”, en *Revista del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino*, 13-14 (1999-2000) pp. 415-459; y la destrucción de la imaginería en “Mofa e iconoclastia durante la Guerra Civil en la provincia de Granada”, *Fundamentos de Antropología*, 10 (1999) pp. 275-284.

³ Como señala Preston: “Ante la insistencia de Faldella [militar italiano destacado en España], Franco reiteró su voluntad de llevar a cabo una ocupación gradual y completa del territorio de la República: «En una Guerra Civil, es preferible una ocupación sistemática de territorio, acompañada por una limpieza necesaria, a una rápida derrota de los ejércitos enemigos que deje el país infestado de adversarios»”. PRESTON, Paul, *La política de la venganza: el fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*, Barcelona, Península, 1997, p. 71.

Lo que más define a los iconoclastas según esta propaganda, más allá de un desprecio por el arte que para los redactores de los panfletos debe escandalizar a cualquier persona culta sea cual sea su ideología, es su irreligiosidad. Esto tiene muchas implicaciones para los franquistas. En primer lugar el anticlerical es un ateo sin alma, lo que necesariamente lo convierte en un ser despiadado. En segundo lugar, quien no es católico no puede ser considerado español, un razonamiento que arranca de los ultramontanos antiliberales del siglo XIX y que alcanza ahora su apoteosis como doctrina del nuevo Estado⁴.

Puesto que son antiespañoles y anticristianos, y como según las generalizaciones de los panfletistas los iconoclastas se guían por una ideología que ellos consideran “asiática”, el comunismo, los anticlericales acaban siendo enemigos de Europa contrarios a la civilización occidental. De esta manera los anticlericales son equiparados a los pueblos bárbaros que invadieron el Imperio romano o a los musulmanes que conquistaron el reino visigodo.

Contra este enemigo que no duda en destruir preciadas obras de arte, que carece de alma, que es antiespañol y que amenaza con destruir Europa se libra una lucha que es presentada en todos estos panfletos como una “cruzada” por el cristianismo y occidente:

“De un lado quedan la Anarquía y la Barbarie. Del otro, la Cultura y la Civilización. Frente a la hoz y el martillo -siega y trunco del alma española- el yugo y las flechas de un Estado que ató y disparó ese alma hacia mil blancos espirituales intactos. Frente a la turbia visión política asiática, la clara visión europea de un nacionalismo fecundo, acuante y universalista con conciencia de su destino”⁵.

Hasta aquí el planteamiento ideológico que esta literatura repite hasta la saciedad durante la guerra y dos lustros después de que ésta terminara. Pero, ¿hacia quién iba dirigida? Durante la guerra sólo tuvieron acceso a estos libros los territorios sumados a la rebelión militar o los recién conquistados; lo costoso de la edición de la mayoría de ellos, con su elevado número de fotografías y páginas, demuestra que estaban orientados a despertar la indignación de las propias gentes de derechas que eran las que tenían acceso a estas publicaciones. A las clases populares podían destinarse panfletos sobre esta temática mucho más simples y desde luego menos expresivos, pero en general dudo que gente incrédula en religión e ignorante en arte fueran destinatarios de una propaganda tan costosa en la forma como poco argumental en el fondo; hacia ellos se dirigía más el discurso obrerista de la Falange, la

⁴ Desde el siglo XIX podían leerse cosas como “en España ser ateo equivale a dejar de ser español”, aseveración de los presbíteros reaccionarios VILARRASA, Eduardo María y GATELL, José Ildefonso, *Historia de la revolución de setiembre*, Barcelona, Imprenta y librería Religiosa y Científica del Heredero de D. Pablo Riera, 1875, (2 vols.), p. 467 (vol. I).

⁵ GALLEGO BURÍN, Antonio, “La destrucción del tesoro artístico de España, desde 1931 a 1937. Informe de las Comisiones Provinciales de Monumentos (I)”, en *Cuadernos de Arte*, II (1937), pp. 139-231, (p. 142).

publicidad de las campañas de obras públicas o el patriotismo neoimperial español, argumentos ideológicos más propiamente fascistas que la religión y que no requerían un acto de fe, algo imposible de obtener con sinceridad de un escéptico.

O sea, los panfletos sobre destrucción del patrimonio eclesiástico tenían como objetivo despertar el odio contra el enemigo republicano y justificar un castigo ejemplar; también eliminar todo remilgo moral en aquellos clérigos que hicieran una lectura humanista de las sagradas escrituras, de ahí que siguieran publicándose durante la posguerra. Su objetivo lo consiguieron: las gentes de derechas pudieron sentirse defensoras del patrimonio histórico, de la religión y de la civilización en general, mientras que los sacerdotes se convertían en activos y, en muchos casos, despiadados colaboradores de la represión, como aquel sacerdote de Rota que clamaba: “A todos los descubriremos; todos llevarán su merecido; no se escapará nadie; entendedlo bien ¡NADIE! Hay que limpiar más a fondo y hasta el fin toda la podredumbre que Rusia ha introducido en este pueblo”⁶.

Pero esta propaganda tan cuidada en su presentación y costosa para unos tiempos de guerra y crisis económica estaba también destinada a los extranjeros, como ponen continuamente de manifiesto esos llamamientos a “otros centros espirituales” para “que el mundo juzgue”⁷. Los franquistas invitaban a delegaciones de católicos y fascistas de Europa y Estados Unidos que recorrían algunos de los escenarios iconoclastas de España y que se llevaban como recuerdo estas publicaciones; los periodistas y observadores internacionales también estaban entre los destinatarios prioritarios. Pero estas publicaciones se enviaron también directamente al extranjero, con el objetivo de conmover la conciencia de los católicos⁸.

Algunos de estos libros y folletos tienen su contenido en varios idiomas, aunque poco importaría que sólo estuvieran escritos en español dado que los textos son reiterativos en su argumentación y las más de las veces breves; lo esencial son las imágenes, extraordinariamente numerosas para libros de esa época, imágenes que no requieren de explicaciones porque son, más que expresivas, expresionistas: igle-

⁶ La activa participación del clero en la represión tanto en la guerra como en la posguerra ha sido estudiada con multitud de testimonios por Julián Casanova. El arzobispo de Zaragoza Rigoberto Doménech declara el 11 de agosto de 1936: “La violencia no se hace en servicio de la anarquía, sino lícitamente en beneficio del orden, la Patria y la Religión”. El Arzobispo de Santiago, Tomás Muñiz Pablos el 31 de agosto de 1936: La guerra es “patriótica sí, muy patriótica, pero fundamentalmente una Cruzada religiosa, del mismo tipo que las Cruzadas de la Edad Media, pues ahora como entonces se lucha por la fe de Cristo y por la libertad de los pueblos. ¡Dios lo quiere! ¡Santiago y cierra España!”. CASANOVA, Julián, *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, pp. 14, 67 y 96.

⁷ GALLEGO BURÍN, A., *op. cit.*, p. 142.

⁸ Como señala alguien que vivió la guerra propagandística: “La batalla de la propaganda en los países que tenían «opinión pública» se desarrolló principalmente entre dos grupos: a favor de Franco, por los portavoces de la Iglesia católica ayudados por los pensadores políticos de derechas; y, en el bando republicano, por los escritores que representaban a las fuerzas políticas que iban desde la izquierda católica hasta los comunistas”. SOUTHWORTH, Herbert Rutledge, *El mito de la cruzada de Franco*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986 (primera edición de 1963), p. 50.

sias con sus techumbres hundidas, esculturas mutiladas como si de seres humanos se tratara, bellas pinturas perdidas para siempre... En palabras de uno de estos panfletos:

“Estas fotografías merecen ser contempladas por todos los hombres de buena voluntad y, después de meditar sobre ellas, la condenación hacia los bárbaros será unánime y el ejemplo que se patentiza suficiente para que la Humanidad esté en guardia y aprenda de los resultados que la dominación comunista ha dado allí por donde ha pasado”⁹.

La fotografía cambió la manera de entender la propaganda, destronando al texto escrito. Así lo entiende Cossío, autor de *500 fotos de la guerra*, un libro en el que treinta y cinco imágenes están dedicadas a la iconoclastia y veinte al Alcázar de Toledo y otros edificios monumentales destruidos:

“En el periodismo moderno, el documento gráfico constituye la gran palanca para mover la información por cauces de veracidad. Una fotografía aclara un hecho dudoso, descubre los móviles de un acto, fija personas, cosas y actitudes en su tiempo y su lugar, y, en muchas ocasiones, es más elocuente que un artículo o un reportaje”.

“En este libro se recoge una copiosa colección de fotografías en las que se resumen los hechos culminantes del glorioso alzamiento nacional, y en las que aparecen las pruebas más irrefutables de la barbarie roja, en sus excesos criminales contra personas, edificios y objetos artísticos”¹⁰.

La propaganda que tenía como eje la iconoclastia tuvo un fuerte eco en las organizaciones católicas de todo el mundo y les animó a elaborar sus propios folletos, generando un efecto multiplicador que rindió notables frutos a los sublevados. Los panfletos elaborados en el extranjero no son ya objeto de este estudio, pero merece la pena recordar el testimonio crítico de Southworth:

“Empecé a leer la Prensa de la Iglesia católica [de Estados Unidos], los semanarios de la diócesis y las publicaciones mensuales a nivel nacional, para seguir sus reportajes y análisis de la guerra de España. La falta de lógica de sus argumentos y la pobreza de sus escritos me horrorizaron, y en definitiva, descubría la cantidad de falsedades que propalaban. Estos escritores desconocían totalmente la política y la historia de España, o, para decirlo claramente, eran unos mentirosos. Me di cuenta de que los conocimientos legendarios del cura católico y del erudito jesuita eran cosa del pasado, o, que si todavía existían, no se podían expresar [...]”.

“La batalla de la propaganda en los países que tenían «opinión pública» se desarrolló principalmente entre dos grupos: a favor de Franco, por los portavoces de la Iglesia católica ayudados por los pensadores políticos de derechas; y, en el bando republicano,

⁹ *Esto es el comunismo. Doseientos documentos gráficos e inéditos de la barbarie roja en el mundo y en España*, Valladolid, Librería Santarén, 1939, p. 6.

¹⁰ *500 fotos de la guerra*, (prólogo de COSSÍO, Francisco), Valladolid, Imprenta Castellana, 1938, p. 5.

por los escritores que representaban a las fuerzas políticas que iban desde la izquierda católica hasta los comunistas”¹¹.

La exhibición del patrimonio histórico destruido

El contenido del texto así como la maquetación de los folletos y libros sobre iconoclastia queda fijado en fecha muy temprana. Sevilla y Granada, ciudades cuyas guarniciones militares se sumaron a la sublevación sin que el movimiento obrero tuviera tiempo para armarse, fueron pioneras en esta literatura. Estas localidades se diferencian de Valladolid, Salamanca o Burgos en que durante la República algunos de sus templos habían sufrido destructivos ataques iconoclastas¹². Así, en Sevilla se publicó a los pocos meses de comenzar la contienda un libro titulado *Estudio de los edificios religiosos y objetos de culto de la ciudad de Sevilla, saqueados y destruidos por los marxistas*, que en 1937 tendrá una segunda parte dedicada a la provincia. Son sus autores los profesores de historia del arte José Hernández Díaz y Antonio Sancho Corbacho.

El primer volumen contiene resúmenes del texto en alemán, francés, inglés e italiano, lo que habla bien a las claras de la intención de divulgarlo en el extranjero. Está encabezado por los promotores, la Junta Conservadora del Tesoro Artístico, 2ª División, creada por un decreto del Gonzalo Queipo de Llano (8 de agosto de 1936), en el que se habla de “la acción civilizadora que el glorioso Ejército se ha impuesto para la salvación de España”¹³. El objetivo que se ha trazado esta Junta es: “El rescate y devolución a sus dueños de objetos de arte de iglesias y casas particulares procedentes de incendios y saqueos”; además “se ha procurado en parte la restauración de algunos objetos con el fin de evitar su total pérdida” y también la “visita personal a los templos incendiados y saqueados, haciendo un informe de cada uno, en el que se procura describir lo que fue el templo antes, historia de los sucesos, estado actual y restauración que debe efectuarse desde el punto de vista artístico y una relación de las imágenes y objetos de culto perdidos y salvados; levantamiento de planos de las iglesias y toma de fotografías que se unen a los precisados informes”¹⁴.

¹¹ SOUTHWORTH, H. R., *op. cit.*, pp. 16-17 y 50. Un ejemplo de como la Iglesia logró no sólo predisponer a católicos de todo el mundo contra la República, sino incluso reclutarlos para la “cruzada” de Franco, es el de una localidad irlandesa estudiada por WHARTON, Barrie, “La última cruzada: El papel de Limerick en la Guerra Civil Española”, en *Investigaciones Históricas*, 22 (2002), pp. 303-315.

¹² La iconoclastia durante la Segunda República la he estudiado en BARRIOS ROZÚA, Juan Manuel, *Iconoclastia (1930-1936): La ciudad de Dios frente a la modernidad*, Granada, Universidad de Granada, 2007.

¹³ HERNÁNDEZ DÍAZ, José y SANCHO CORBACHO, Antonio, *Estudio de los edificios religiosos y objetos de culto de la ciudad de Sevilla, saqueados y destruidos por los marxistas*, Sevilla, Imprenta de la Gavidía, 1936, p. 3.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 4-5.

Entiende la Junta que publicaciones como esta “tienen una importancia suma no sólo como prueba de los gravísimos daños ocasionados al Tesoro Artístico Nacional sino como estímulo y norma para que las restauraciones que poco a poco han de irse haciendo en los edificios y objetos, se realicen conforme a un criterio artístico superior que vuelva a acrecer el gran patrimonio de arte de nuestra región”¹⁵.

La mayor parte del libro es un catálogo de edificios acompañados de un rico material gráfico que va desde planos, secciones y fotos de los templos a patéticas imágenes de esculturas mutiladas. Lo detallado que es el trabajo y el esfuerzo que va a suponer la elaboración del volumen dedicado a la provincia¹⁶ desborda a los autores y les anima a nombrar Juntas Delegadas en Huelva, Córdoba, Cádiz y Granada para que realicen una labor similar en sus provincias. La que mejor va a realizar sus deberes será la junta de la ciudad de la Alhambra.

Granada vivió violentos incidentes anticlericales durante la Segunda República y la guerra dividió su provincia, de manera que en buena parte de los pueblos granadinos hubo actos iconoclastas. Como Granada contaba con algunos historiadores y arquitectos sumados a la sublevación, y gozaba de tradición en lo que a publicaciones sobre arte se refiere, terminó por jugar un papel director en esta campaña propagandista en todo el territorio rebelde a través de la Comisión de Monumentos y la Facultad de Letras de Granada. El 19 de febrero de 1937 se constituyó la Comisión Artística de Vanguardia de Granada, la cual recorrió los pueblos de la provincia que controlaban los franquistas para evaluar los destrozos causados en el patrimonio artístico e iniciar el estudio de posibles restauraciones. Dirigía dicha comisión Antonio Gallego Burín y participaron en ella los profesores Emilio Orozco Díaz y Jesús Bermúdez Pareja, el arquitecto y jefe de la Falange local Francisco Prieto-Moreno, el delineante Manuel Bueno y el fotógrafo Torres Molina.

El primer resultado de esta labor fue el *Informe sobre las pérdidas y daños sufridos por el tesoro artístico de Granada de 1931 a 1936 e indicación de las obras salvadas de la destrucción marxista*, que costó el Gobierno Militar, un volumen de unas 250 páginas, la mitad de ellas láminas. Se abre el libro con un brevísimo prólogo antes de empezar el catálogo, y lo hace de esta elocuente manera:

“Continua y sistemáticamente, el Tesoro Artístico de España ha venido sufriendo en estos últimos años los embates de las turbas revolucionarias, que en él han saciado la barbarie de sus instintos y su odio hacia cuanto significaba valor religioso o tradicional de la Nación”¹⁷.

¹⁵ *Ibid.*, p. 7.

¹⁶ La segunda entrega, publicada el 23 de noviembre de 1937, repite el esquema de la primera, pero se abre con un plano de la provincia de Sevilla que muestra todos los pueblos en los que hubo incidentes iconoclastas tanto durante la Segunda República como en los primeros días de la guerra.

¹⁷ *Informe sobre las pérdidas...*, p. 7.

En el libro se recogen las destrucciones iconoclastas acaecidas desde la “anti-histórica” etapa comenzada el 14 de abril de 1931 hasta la fecha y se repasa, no sin algunos errores cronológicos y una completa renuncia a cualquier tipo de análisis, lo perdido en la ciudad de Granada; la segunda parte se dedica a los pueblos conquistados por el ejército “nacional” hasta abril de 1937.

Como este *Informe* debió satisfacer a las autoridades franquistas, el autor principal, Antonio Gallego Burín, reprodujo la metodología empleada en un nuevo libro que abarcaba toda la España rebelde. Para ello solicitó en agosto de 1937 informes a las demás Comisiones Provinciales “invitándolas a publicar, como protesta por la brutal destrucción que el marxismo viene realizando del Tesoro artístico nacional, un documento al que acompañase relación circunstanciada de los daños y pérdidas sufridas por aquel”¹⁸. Con los informes reunidos publicó tres entregas en los *Cuadernos de Arte* de la Universidad de Granada bajo el título *La destrucción del tesoro artístico de España, desde 1931 a 1937*. El objetivo es claro: “Para quienes todavía puedan dudar o duden de lo que ha sido y es la revolución marxista de España se publica este INFORME”. Y lo ocurrido lo resume así:

“el 18 de Julio de 1936, la España de entonces se entrega al dominio de poderes internacionales que utilizan para sus fines esa acción revolucionaria que, desbordada y ciega, incendia, vuela o destroza cuanto se opone a su barbarie y a su sectarismo. Y, por si esto era poco, lo que las masas, poseídas de su furia iconoclasta no hicieron, lo realizaron, fría y medianamente, los agentes de aquellos poderes, unas veces por designios políticos y otras para satisfacción de intereses de negociantes y aventureros”¹⁹.

Esa referencia a “negociantes y aventureros” que, se supone, se han enriquecido con el tráfico de obras de arte entra en contradicción con otra afirmación del propio informe que afirma que cuadros, pinturas y otros bienes muebles fueron totalmente destruidos en “tres o cinco días”.

Como esta revista tenía una difusión limitada, muchas imágenes y textos del libro fueron publicados en la prensa católica²⁰. Más adelante todas las entregas se recogieron en un volumen unitario firmado en 1938 por Antonio Gallego Burín con un título similar²¹. Este libro sería el más completo editado sobre la materia y el que iba a quedar como fuente para muchas publicaciones posteriores. El autor sería aquel mismo año nombrado alcalde de Granada.

¹⁸ GALLEGO BURÍN, A., *op. cit.*, p. 139.

¹⁹ *Ibid.*, p. 141.

²⁰ Véase por ejemplo el diario *Ideal* de Granada, el 3 de abril de 1937.

²¹ GALLEGO BURÍN, Antonio, *La destrucción del Tesoro Artístico de España. Informe sobre la obra destructora realizada por el marxismo en el patrimonio de arte español, de 1931 a 1937, según datos aportados por las Comisiones Provinciales de Monumentos, ordenado y redactado por D. Antonio Gallego y Burín, Presidente de la de Granada*, Granada, Imprenta Hº Paulino Ventura, 1938.

Tanto Antonio Gallego Burín como sus colaboradores del Servicio Artístico de Vanguardia pondrían en marcha otras iniciativas. Para empezar en enero de 1938 se inauguró en la Lonja de Granada una exposición de “imágenes y objetos de culto que han sufrido daños por las hordas marxistas”, a la que acudió el arzobispo, que hizo votos por “la continuación del espíritu de Isabel la Católica, del cual son concreciones todas estas cosas que miramos destrozadas por los rojos y que pregonan que España fue grande cuando su ideal fue la fe, con la que realizó empresas ecuménicas y llegó a alturas no superadas por ningún pueblo”²².

Las exposiciones sobre objetos destruidos por los iconoclastas tendrían su correlato en macabras rutas turísticas por los escenarios de la guerra. La primera iniciativa documentada en Granada partió del Liceo, que organizó una excursión “en tierra que fue de los rojos durante diez y ocho meses”. Entre los lugares que visitaron estaba la capilla de un cortijo en la que llevaron a cabo una “oración de desagravio”²³. La idea gustó y animó al Servicio Artístico de Vanguardia a organizar “Las rutas de guerra en Andalucía”. A finales de 1938 un grupo de turistas franceses desembarcó en Málaga, luego se trasladó a Granada, donde fueron recibidos por el arzobispo y demás autoridades, y al día siguiente se dirigieron a Córdoba. La finalidad de las rutas era explicada así:

“El Primer objeto que ha tenido la apertura de las rutas de guerra es el que puedan apreciar los extranjeros que quieran el esfuerzo de nuestro Ejército y constatar las ciudades que sufrieron los efectos de las hordas rojas con aquellas otras que desde el primer momento se sumaron a nuestra gloriosa causa”²⁴.

El declive de un modelo de propaganda

La Comisión Artística de Vanguardia tenía la intención de publicar nuevos volúmenes que recogieran las destrucciones en otras partes de España aún republicanas, pero no llegaron a materializarse quizá porque el interés propagandístico era ya menor. Y es que conforme avanzó la guerra los catálogos de destrucciones empezaron a resultar reiterativos, e incluso, como señaló el arquitecto Pedro Muguruza, desprestigiaban a los españoles en general como bárbaros²⁵.

Era evidente que los meros inventarios de daños en el patrimonio histórico habían perdido buena parte de su razón de ser y, aunque los franquistas no fueron tan rápidos como los republicanos, empezaron a adoptarse posturas más constructi-

²² *Patria*, 2 enero 1938.

²³ *Patria*, 1 febrero 1938.

²⁴ *Patria*, 29 diciembre 1938.

²⁵ ALTED VIGIL, Alicia, *Política del nuevo estado sobre el patrimonio cultural y la educación durante la guerra civil española*, Madrid, Centro Nacional de Información Artística, Arqueológica y Etnológica, 1984, p. 91.

vas²⁶. Se evolucionó así hacia una propaganda más interesada en realzar la labor positiva de defensa del patrimonio histórico. El camino lo habían dado las exposiciones que en lugar de exhibir esculturas destrozadas mostraban los nuevos objetos de culto destinados a sustituir lo perdido²⁷.

La masiva demanda de cálices, retablos y esculturas fue vista como una oportunidad para recuperar los “bellos y viejos oficios cuya desaparición habían decretado el marxismo y el capitalismo liberal”²⁸. Para las nuevas imágenes y objetos litúrgicos se apostó por estilos del pasado, en especial el barroco, y se despreció como inadecuado para el catolicismo el arte de las vanguardias artísticas:

“En España hay una enorme y preciadísima tradición de arte sagrado en todos los géneros: esa tradición señala un camino. Pero lo difícil es no seguirla”.

“Entre el estancamiento pasivo y partidista y una originalidad a ultranza, hay un término medio que solo han de poderlo dar la preparación y espíritu. Nada de improvisaciones cubistas copiando modelos a medio cristalizar; que la Iglesia no es un campo de experimentación. Menos aún de rutina y esas pretensiones de falsos veteados en mármoles fingidos de tabla o cal, o sillería de panderete revocado. Lo falso y lo pernicioso es lo primero que hay que desterrar. Para el nuevo espíritu es para lo que proponemos la contemplación del espíritu nuevo de los pueblos nuevamente católicos”²⁹.

Seguros de la victoria militar, convencidos de que el futuro pasaba por el retorno a los viejos valores imperiales, el gobierno de Franco se aprestó a organizar una Exposición Internacional de Arte Sacro en Vitoria. Sus ambiciosas aspiraciones eran las de “seleccionar en ella las normas que han de servir como pauta al criterio de reconstrucción religiosa en la España liberada”.

Para sustituir los bienes destruidos por “el ateísmo aniquilador” se trata de evitar la “siempre peligrosa libertad excesiva, que inundaría luego el país con pruebas sempiternas de mal gusto”, y es que es preciso “combatir de una parte, a esa producción en serie industrializada que ha caído en el comercio de bazar y se fabrica con materias de imitación deleznable”, y por otra urge “combatir la excesiva vanidad profesional que induce a los artistas: en su petulancia, a sacrificar muchas veces, la obra en aras de un lucimiento personal de seducción”³⁰. Con estos criterios,

²⁶ ÁLVAREZ LOPERA, José, *La política de bienes culturales del gobierno republicano durante la guerra civil española*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982 (2 vols.), pp. 133-137 y 148.

²⁷ Un ejemplo en Granada: “En el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en las riberas del río Genil, se halla instalada la exposición de ornamentos y objetos para el culto destinados a las iglesias de los pueblos que han estado sometidos al barbarismo marxista. Su inauguración fue celebrada hace dos días, con toda solemnidad, con asistencia de nuestro ilustre Prelado”. Hay en la exposición: “Cinco custodias, 36 cálices y patenas, 17 copones, 52 crucifijos, 218 candeleros, 14 lámparas, diez jarrones, 22 cuadros y 17 candelabros”. *Ideal*, 25 abril 1937.

²⁸ *Ideal*, 3 marzo 1939.

²⁹ El artículo está firmado con el pseudónimo José Arte y publicado en *Patria*, 29 diciembre 1938.

³⁰ *Patria*, 8 diciembre 1938.

no es de extrañar que el Servicio de Defensa de Aragón al conquistar zonas republicanas y recoger de manera selectiva obras de arte religioso mostrara “predilección por obras góticas mientras que las modernas son relegadas a un segundo plano”³¹.

En el rechazo al arte contemporáneo y el retorno a la Edad Moderna no sólo pesaba el esplendor de la Iglesia en el pasado, sino también la grandeza del Imperio. Para Emilio Orozco Díaz la tradición imperial estaba sintetizada en edificios como el Alcázar de Toledo o el palacio de Carlos V, notables ejemplos de “todo el apogeo de nuestra fe religiosa, [...] del brio de nuestras armas y de la grandiosa concepción de nuestro estado”. Y concluía:

“Por esto hoy, cuando se deshacen las tinieblas del atardecer de España y los albores de un nuevo Imperio iluminan nuestro suelo, parece que a su reflejo la voz de estas piedras imperiales se alza más clara y vibrante afirmando la eterna ansia de Imperio del espíritu español”³².

El anuncio de una era imperial que recuperará el mejor arte del pasado y el retorno del esplendor del culto dominan el panorama de la propaganda en la última y optimista fase de la guerra. No obstante, se siguen publicando libros o folletos sobre la iconoclastia, pero ya en localidades recién conquistadas en las que el tema puede ofrecer alguna novedad, como Málaga³³. En 1938 la iconoclastia es ya un recuerdo de los primeros meses de la Guerra Civil y todo el mundo sabe que tras la reconstrucción del Estado republicano la destrucción de bienes eclesiásticos es perseguida por la ley.

Características diferentes tiene el breve folleto editado en Vitoria con el título *La destrucción de obras de arte en España. Adhesión de las academias extranjeras* (1938), en el que la Real Academia de San Fernando instalada en San Sebastián

³¹ En 1940 se realizó en Zaragoza una exposición de las obras salvadas. Además de los evidentes motivos propagandísticos se buscaba que los propietarios las identificaran. Las que quedaron sin dueño fueron divididas en lotes y entregadas a iglesias que habían perdido su mobiliario. MAÑAS PÉREZ, Laura y SARNAGO NOTIVOLI, Elena, “Las obras de arte del Museo de Zaragoza recuperadas por el Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional”, en *Seminario de Arte Aragonés*, 48 (1999), pp. 504-507.

³² *Patria*, 12 octubre 1938.

³³ Un temprano ejemplo de localidad “liberada” en la que se publica un libro que denuncia la iconoclastia es Málaga. La iniciativa partió de un particular, que redactó el texto, hizo las fotografías y actuó como editor. Se trata del libro, encabezado por un expresivo título, de BARRERA, Juan, *Málaga la Mártir. Lujoso álbum de fotografías de parte de los daños causados por el marxismo en las bellas edificaciones malagueñas* (1937). El volumen, de formato apaisado y con anuncios de todas las empresas y comercios malagueños, se abre con las fotografías de Queipo de Llano y de García Alted, gobernador de Málaga. Es evidente, aunque se tenga el cuidado de no mencionarlo, que algunos de los inmuebles en ruinas que se ven fueron dañados por bombardeos rebeldes. En general las fotos que muestran edificios religiosos dañados son pocas. Otro libro local que puede citarse como ejemplo representativo es el de CIRAC ESTOPAÑAN, Sebastián, *Los héroes y mártires de Caspe*, Zaragoza, Imprenta de Octavio y Félez, 1939. En él hay un amplio repertorio fotográfico de destrucciones iconoclastas, pero su tema central son los derechistas víctimas de la represión republicana.

hace un llamamiento a otras academias e instituciones del mundo para que se nieguen a adquirir bienes artísticos provenientes de territorio republicano. El folleto se inscribe en una nueva campaña en la que se denuncia que “al vandalismo destructor ha acompañado el vandalismo traficante”³⁴. Tal acusación se fundamenta en el traslado de las obras de arte del Museo del Prado hacia Suiza por el riesgo que suponen los duros bombardeos del ejército de Franco sobre Madrid. Lo que no dejaba de ser una campaña de salvación del patrimonio histórico, ciertamente muy publicitada con finalidad política³⁵, intenta presentarla el franquismo como una operación de venta de obras de arte, por lo que el folleto, más que propaganda es contrapropaganda. Entre las respuestas recogidas, publicadas en sus idiomas originales, hay bastantes de países bajo regímenes fascistas (Italia, Alemania y Austria), más alguna francesa o británica; junto a las cartas se reproducen imágenes de valiosas obras de arte mutiladas.

En las últimas publicaciones de la guerra el tema de la iconoclastia aparece diluido entre otros hechos violentos. Es el caso de *Esto es el comunismo. Doscientos documentos gráficos e inéditos de la barbarie roja en el mundo y en España* (1939), en el cual se da prioridad a las imágenes con cadáveres mutilados y ciudades en ruinas sobre las de iglesias e imágenes dañadas.

La propaganda tras la Guerra Civil

La rápida caída de la España republicana en el primer trimestre de 1939 puso bajo dominio de Franco las ciudades que habían vivido al principio de la contienda los ataques iconoclastas más masivos: Barcelona, Madrid y Valencia, junto a centenares de pequeñas ciudades y pueblos cada uno de los cuales tenía sus propios episodios anticlericales que contar. La prensa se encargó de airearlos convenientemente; así hubo reportajes que fueron repasando lo ocurrido en las diferentes localidades de cada provincia, o narraciones en el aniversario del día de la “liberación” evocando los desmanes de los días de la revolución, o remembranzas cada vez que era reabierta, tras las pertinentes obras de restauración, una iglesia o una ermita³⁶.

³⁴ *La destrucción de obras de arte en España. Adhesión de las Academias extranjeras*, Vitoria, Jefatura Nacional de Bellas Artes, 1938, p. 5.

³⁵ El traslado de obras de arte lo realizó el gobierno Republicano no sólo por el riesgo que corrían las obras, sino también por mostrar ante el mundo de una manera espectacular su preocupación por el patrimonio histórico y denunciar el riesgo que suponían los bombardeos franquistas. En ningún momento se planteó la posibilidad de vender al extranjero los cuadros y pinturas desplazados. Sobre la cuestión escribió uno de los protagonistas del traslado (RENAU, Josep, *Arte en peligro, 1936-39*, Valencia, Ayuntamiento, 1980), no obstante un estudio más distanciado y completo es el de Álvarez Lopera ya citado.

³⁶ Esto ocurre tanto en la prensa diaria, sea católica o del movimiento, como en boletines de divulgación limitada, como los eclesiásticos; los títulos son tan expresivos como éste: “Sacrificios, ruinas y

Pero a diferencia de los tiempos de la Guerra Civil, la propaganda elaborada a partir de las destrucciones iconoclastas ya no se destina al extranjero, donde el tema carece de cualquier novedad y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial centra todas las atenciones; ni siquiera el victorioso ejército de Franco tenía necesidad de convencer de sus bondades a otros estados porque su gobierno había sido reconocido por quienes hacía falta, desde los países del Eje hasta Francia o Inglaterra. La propaganda sobre esta temática sólo se destina ya al consumo interno. Con ella se refuerzan las razones de la devastadora “cruzada” y se anima a no flaquear en la tremenda represión desencadenada, en la que el clero está llamado a jugar un papel destacado³⁷.

Los libros se centran ahora preferentemente en los territorios que fueron republicanos hasta las últimas semanas de la contienda. El folleto *Un testimonio oficial de la destrucción del arte en la zona roja. (El libro de actas de la Junta Republicana del Tesoro Artístico de Castellón)*, editado por el Servicio Nacional de Propaganda entresaca de esas actas todo aquello que pueda resultar susceptible de escándalo, desde la orden de derribo de un templo abandonado hasta la fundición de orfebrería para convertirla en monedas. En la misma línea está el volumen de Manuel Trens, *Monumentos sacros de lo que fue la España roja*, publicado en 1940, donde ahora se puede repasar la destrucción del patrimonio histórico eclesiástico en aquellas regiones que no pudieron incluirse en los catálogos propagandísticos de la Guerra Civil.

Con un objetivo aparentemente más constructivo, exaltar las labores de restauración, publicó el historiador Manuel Chamoso Lamas en el *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones* (1943) un texto titulado “El Servicio de Recuperación y Defensa del Patrimonio Artístico Nacional”. Se anunciaba como la primera entrega de una serie de artículos que incluirían un catálogo de edificios destruidos siguiendo una estructura provincial -se empieza por Cantabria-. El que no se publicaran las continuaciones anunciadas es expresivo de la poca originalidad del proyecto y del hartazgo hacia el tema, que ha perdido cualquier interés, sobre todo para una revista costeadas con fondos privados.

despojos de la Iglesia gerundense durante el dominio marxista, 1936-1939”, *Boletín Oficial del Obispado de Gerona*, (1942).

³⁷ Julián Casanova ha demostrado para el conjunto de España lo que yo he mismo he podido comprobar en la documentación para las diócesis de Granada y Guadix-Baza: “la Ley de Responsabilidades Políticas convirtió a los curas en investigadores del pasado ideológico y político de los ciudadanos, en colaboradores del aparato judicial. Y excepto en algunos casos en los que no se muestran cómodos en ese papel de informantes oficiales, en los que piden que sean otras autoridades las que hagan de policía, la mayoría colaboraron voluntaria y activamente en la caza del rojo, mostrando una adhesión inquebrantable a la dictadura de Franco. Con sus informes, aprobaron el exterminio legal organizado por los vencedores en la posguerra y se involucraron hasta la médula en la red de sentimientos de venganza, envidias, odios y enemistades que envolvió la vida cotidiana de esas pequeñas comunidades rurales en la posguerra”. CASANOVA, J., *op. cit.*, p. 254.

Ese mismo año publicaba el Ministerio de Justicia la *Causa general. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el ministerio público*, uno de los panfletos más agresivos del franquismo. En su prólogo el ministro de justicia Eduardo Aunós afirma, cuando las cárceles están atestadas de presos políticos en condiciones infrahumanas y las ejecuciones son frecuentes, que no puede olvidarse “que el ritmo de libertades condicionales ha seguido después de la paz en progresión creciente, hasta dejar sólo en las cárceles a delincuentes de derecho común sobre los que pesan gravísimos delitos”, prueba de “la grandeza de alma de quien rige los destinos de España por voluntad de Dios y heroico tino de su espíritu”³⁸.

El libro es producto de la investigación encargada por Francisco Franco para averiguar el número de víctimas de la represión republicana -los de la represión fascista caían en el olvido, por supuesto-. El propio dictador había apuntado al final de la guerra la cifra de 400.000 asesinados por los “rojos”; la investigación, sin embargo, arrojó un balance de unos ochenta mil muertos, lo que decepcionó a Franco y llevó a que solo se publicara este confuso avance en el que no se arrojan balances globales ni se hacen estadísticas, sólo una amalgama de relatos expresivos y documentos gráficos con edificios destruidos, milicianos en actitud de mofa anticlerical, horribles fotos de cadáveres de clérigos y derechistas, etc. La explicación de la iconoclastia se limita a reafirmar las argumentaciones de la propaganda bélica:

“En los primeros días que siguieron al 18 de julio de 1936 son invadidos por las turbas rojas todos los templos y conventos, tanto en Madrid como en su provincia y resto de la zona marxista, consistiendo por regla general el procedimiento de invasión en el acordonamiento de los edificios y calles adyacentes a los mismos por nutridos grupos de forajidos que penetran en los recintos sagrados haciendo fuego con sus armas, sacando detenidos a los sacerdotes, religiosos o religiosas que encuentran. En otros casos, como justificación de sus desmanes, las milicias simulan haber sido agredidas [con disparos desde las iglesias y conventos] por los religiosos. La consigna marxista de detener y asesinar a los Ministros de la religión católica fue cumplida con tal precisión”³⁹.

Más allá de los círculos eclesiásticos la propaganda en torno a las destrucciones iconoclastas pierde interés y las autoridades dejan de interesarse por ella durante unos años. Sin embargo, a finales de la década de los cuarenta el tema renace con la publicación por la Oficina Informativa Española publica del libro *Saqueo del tesoro religioso de España* (1948), obra que sólo es un mal resumen de lo ya publicado por Joaquín Arrarás en su tan minuciosa como sectaria *Historia de la Cruzada Es-*

³⁸ *Causa general. La dominación roja en España. Avance de la información instruida por el ministerio público*, Madrid, Ministerio de Justicia, 1943, introducción del Ministro de Justicia: p. IV.

³⁹ *Ibid.*, pp. 134-135.

pañola (1939-1944)⁴⁰. Las razones por las cuales se publica un folleto con un tema y un estilo que parece retrotraernos a los ya lejanos comienzos de la Guerra Civil, debemos verla en la situación interna y en el contexto internacional tan delicado que vive el régimen. Por un lado estamos en el apogeo de la guerrilla antifranquista, cuya actividad ha llevado a la dictadura a realizar un notable despliegue represivo para neutralizar a los grupos armados que el Partido Comunista de España, principalmente, había logrado estructurar y dotar de un carácter ofensivo; por otro a Franco le conviene recordar su “cruzada contra el comunismo” en el marco de la recién iniciada Guerra Fría, dado que todavía estaban frescas en la memoria sus relaciones con los nazis.

La propaganda sobre iconoclastia promovida por las autoridades desaparecerá tras este último episodio. Su espíritu seguirá vivo, sin embargo, a través de dos corrientes literarias íntimamente unidas entre sí, la historiografía oficial de la dictadura, por un lado, y la literatura martirial de la Iglesia, por otro. Para ésta última el anticlericalismo, la iconoclastia y los “mártires de la cruzada” constituirán un tema de interés prioritario hasta nuestros días. Para la primera el tema tendrá un interés más secundario e instrumental⁴¹. No obstante, los nostálgicos o vindicadores del franquismo siguen en nuestros días retomando el discurso propagandista de la guerra y la posguerra. Puede citarse el libro de Luis Monreal y Tejada, *Arte y Guerra Civil*, cuya metodología y resentimiento hacia la historiografía académica desvela el autor con estas palabras:

“Partiré tan solo de la realidad indeleblemente registrada en mi conciencia, bien al contrario de estos historiadores de nuevo cuño, cuyo bagaje consiste en papeles mal leídos e interpretados, en noticias de bocas interesadas o fanáticas y, sobre todo, en su propia imaginación, capaz de reconstruir y ordenar el mundo que fue y no conocieron”⁴².

⁴⁰ La obra de Arrarás venía a ser la historia oficial de la gestación y desarrollo de la Guerra Civil. Es interesante señalar que el autor arranca en la Semana Trágica de 1909; fue publicada en varios tomos y contaba con un extraordinario número de ilustraciones, muchas dedicadas a la iconoclastia.

⁴¹ Como señalara Preston, la historiografía franquista sobre el tema, “pobre y subdesarrollada”, tuvo como preocupación “no tanto descubrir la verdad como justificar la destrucción de la Segunda República por la sublevación de 1936”. PRESTON, P., *op. cit.*, pp. 11 y 12.

⁴² MONREAL Y TEJADA, Luis, *Arte y Guerra Civil*, Huesca, La Val de Onser, 1999, p. 9.